



Fragmentos de *El ajoote de Althusser*, Estuario (2023), Mayra Nebril

1. La organización

El letrero en la entrada ocupa la mitad de la fachada de la planta baja, el acrílico con letras rojas promete: *ADELGAZAMIENTOS SOCIALES, UN MUNDO MEJOR EXISTE*. La doble hoja de madera se abre cuando la secretaria, luego de unos momentos de observarme a través de la pantalla en la que me dejo escudriñar, aprieta el botón desde el interior y *ábrete, sésamo*.

Me lo habían anticipado, aun así las tres paredes de la amplia recepción, hechas de monitores en los que se espían al menos doscientas cápsulas de adelgazamiento, me conmocionan. Pantallas de veinte pulgadas en las que se puede ver a cada gordo encapsulado, vistiendo el mameluco plateado de la organización, con la sigla ASUMME sobre el pecho; cada obeso tiene los ojos cerrados, el pelo engominado y la sonrisa beatífica. Pág.9

...

—¿Por qué no se nota que adelgazaron tanto?

—Lo dice porque nada cuelga, ¿verdad? Ese es uno de nuestros grandes secretos: prometemos adelgazamiento sin dejar huella de la gordura. No quedan rastros de ningún tipo.

—¿Cómo? ¿Hay olvido de la obesidad?

—Del placer ocasionado por el exceso, lo cual es casi decir lo mismo.

—No entiendo.

—Se empieza de nuevo con la comida. Desde el primer bocado que le permitimos ingerir, la primera masticación con los dientes y muelas nuevas —regalo de la organización—, la primera deglución, la primera digestión y la primera deposición. Monitoreamos los métodos, los guiamos y entonces hay un verdadero comienzo.

El médico interrumpe la explicación, que me tiene intrigado, cuando los funcionarios, a la misma vez, aprietan un botón rojo junto a cada camilla. Seis aplausos frente a los rostros de esos seres semidesnudos, semiidos, semivivos. Seis veces se escucha *bienvenido-a-su-nueva-vida*. Pág. 17

...

3. Desde la cápsula

(Borzar está sentado en una silla, que queda invisible debajo del cuerpo que desborda el respaldo y el apoyo, solo dos patas se ven, son de metal. Su gordura es la protagonista absoluta de la escena. Mira con cierto nerviosismo la cámara que lo filma y, luego de unos pocos segundos, empieza a hablar con voz contundente.)

—En los meses siguientes, estaré dentro de la cápsula n.º 1.263.895.m.uy de ASUMME que, como es condición y costumbre de la empresa, será visible —para quien quiera comprobarlo por sus propios sentidos— desde la recepción de la sede en la que se efectuará mi rehabilitación: Bulevar Artigas 2592 bis, Montevideo, Uruguay.

Por ese motivo quisiera, en esta primera columna de nuestro canal, al que hemos llamado *Desde la cápsula*, contarles de la experiencia que está por comenzar.

Mi nombre es Julio Borzar, tengo 50 años. Soy periodista. Se destaca de mí la independencia de opinión y el ser leído por sectores de distinta filiación política. Soy, además, uruguayo y obeso. Por recomendación médica, debo bajar con urgencia sesenta kilos y se me aconsejó entrar en una de las cápsulas. Consejo que subestimé en principio, pero que eventos de salud me hicieron evaluar con seriedad.

Por otra parte, sabido es que ASUMME se encuentra frente a una debacle empresarial, que tiene múltiples consecuencias para mi país, que teme entrar en *default*. La organización, luego de enfrentar y culminar la reestructura propuesta por la auditoría de la ONU, asegura haber comprendido los caminos equivocados y sostiene tener entendimiento acerca de que no se trata de lavar cerebros, sino de conocerlos y cuidarlos. Adelgazar a los gordos y no a su pensamiento.

En ese marco de situación, hicimos un acuerdo de partes.

El compromiso es adelgazarme sin cambiarme. Un desafío y un riesgo. Encapsular la obesidad, sin otras modificaciones. ¿Será posible? Tengo mis dudas, que no solo tienen que ver con la honestidad de la empresa que se ocupará del proceso sino, sobre todo, con una interrogante filosófica acerca del proceso mismo a gestionar. Me debo quitar de encima mucho peso, ¿no implica necesariamente *esa quita* que me convierta en otro? Tal vez se trate de entender en qué otro me transformaré, en relación a qué parámetros ese *otro-yo* nacerá, si será un *yo-emparentado* o un *yo-ajeno* a mi yo anterior.

(Borzar va ganando, palabra a palabra, mayor solvencia y, a esta altura de su locución, es dueño absoluto de la escena.) Págs. 33 y 34

6. Carta de solicitud

—Quiero proponerme como candidato para el intercambio de ASUMME.

(Althusser, de pie, junto a la pecera en la que se ve moverse lento a la Paquita, lee la hoja que tiene entre sus manos. Está sonrojado y no despega sus ojos de la letra escrita en lapicera azul.)

—Ayer encontré en el lago de Xochimilco una hoja de diario abrazando el tronco del árbol en el que me recuesto a pescar. Cuando fui a quitarla, para no ensuciar con la tinta mi camiseta, me llamaron la atención tres fotos de personas muy gordas que ocupaban la mitad de la página. Tenía tiempo y me picó la curiosidad; leí y así me enteré de los problemas de esos obesos que salían flacos en cuerpo y mente.

No había imágenes del después, me hubiera gustado verlos delgados.

Leí también que, al mismo tiempo que adelgazaban, le daban la oportunidad a uno como yo —flaco y pobre—. O sea que podía presentarme. Eso fue lo que entendí en esas dos grandes páginas y me gustó la idea, por eso estoy escribiendo.

Tengo que explicar quién soy y cuáles son mis motivos para creer que puedo ser elegido.

Soy Althusser Astigarraga. Soy mexicano. Soy pobre.

De estas tres frases, solo la última es toda verdad. Pág. 62

...

En gordas palabras

Una mañana, hace ya un par de semanas, a la autora le viene a la cabeza la historia de un gordo que baja de peso de un modo extraño. Al principio se resiste, no le entusiasma la trama, comienza a hacerle ilusión solo cuando toma cuerpo la idea de que ella adelgazará al escribir el cuento. Ha probado todas las dietas promocionadas, entre 1980 y la fecha, en Uruguay. Todas han dado resultado y todas han dejado de darlo.

La autora es una lectora voraz. Casi todo lo que emprende, primero lo mastica, lo devora y lo digiere *teóricamente*. Así que sabe mucho de calorías, dietas, ejercicios físicos, y también de goces, fobias y vacíos. Pero eso no ha facilitado la solución del asunto y, gran parte del día, se la pasa imaginando su vida cuando sea flaca. El paraíso está después de que solucione esa variable, porque el Edén demanda su adelgazamiento, y ella se priva del jardín por ser una mujer moralmente cuestionable, sumergida en la gula y la pereza.

¿Si la solución fuera la escritura? ¿Si existieran frases adelgazantes secretas que le abrieran esa puerta a la delgadez? ¡Ha hecho cada cosa para adelgazar! ¿Por qué no escribir y describir su gordura? Tener atracones en la página, renglones de ingestas copiosas, sabores grasos que manchen la hoja cuando la lapicera desparrame tinta; saciarse hasta reventar. Está contenta, eufórica, se le llena la boca de entusiasmo. Pág.47

...

18. Final del juego

—¡Las palabras engordan! Ese es el gran problema. Ellos lo saben. Te las tienen que cambiar para adelgazarte, no hay otro remedio. Ellos no conocen otra solución, entonces te injertan palabras de otro y te matan las tuyas.

—¿Cómo dice?

—Eso, que el problema está en las palabras. —Julio Borzar está alterado, molesto, su pierna galopa contra la madera del piso y hace un ritmo descoordinado.

—¿Qué quiere decir que *las palabras engordan*, Borzar? No se enoje, por favor, nosotros no lo entendemos. —El muchacho es la estampa del desconcierto.

—Ellos descubrieron que el peso depende del uso que cada persona haga de las palabras, ¿entendés?

—No —responde Althusser. Lupita niega con la cabeza. No quieren que se irrite, pero necesitan comprender.

—La única manera de arrancar la gordura de raíz es cambiarle al obeso su lengua. ¿Entienden? ¡Toda su lengua! —Althusser saca la lengua fuera de la boca—. No, ¡esa no!, las palabras...

—No le entiendo, ¿cuál sería el problema? —Althusser está preocupado, la tensión le cierra al hombre los puños y le deja los nudillos blancos.

—Son unos hijos de puta. Pretenden establecer relaciones distintas entre las palabras: quitarles peso a algunas, darles consistencia a otras, hacer que un puñado insistan y que la mayoría no tenga sabor. Y no hay vuelta atrás. Es irreversible, carajo. No preguntan, no consultan. Te van haciendo desaparecer, a costa de electroshocks. Pág. 193.